

*Sí, la realidad probablemente sea
uno de los peores errores que se puedan concebir.*

Elfriede Jelinek, *La pianista*

*La carencia, la carencia de amor
como una sed que se lo bebe todo [...]*

Vanessa Springora, *El consentimiento*



22 DE DICIEMBRE



1. DEMASIADO FRÍO

Aurora recoge la ropa tendida cuando suena el timbre. Se demora un instante, dudando si cerrar o no la ventana. Una ráfaga de aire hace volar las cortinas mientras corre hacia la entrada para abrir a Bruno. Regresa al tendedero con prisa, sin apenas mirarlo.

—Siéntate a la mesa, hijo. Acabo enseguida. Han dicho en la radio que va a caer una buena nevada, así que tendré que poner a secar todo esto en los radiadores. Con la rabia que me da —dice, elevando el labio superior en un gesto de desprecio—. Si por lo menos tuviésemos una secadora como la gente normal... Pero no, en esta casa ni eso. Te juro que, como este año nos toque la lotería, no vuelvo a poner una lavadora en mi vida.

Aurora sigue descolgando la ropa húmeda. Lleva un mandil atado a la cintura, adornado con tulipanes de colores, y el pelo recogido en una coleta apresurada y tosca. Las raíces oscuras, las canas incipientes y esa ropa descolorida destilan desgana; un abandono cansado, instalado en una existencia repetitiva contra la que se empeña en vivir.

Bruno se encoge en la silla. Estruja entre las manos un gorro de lana con un gran pompón y balancea los pies, que no rozan el suelo. Tiene la mirada fija en el espu-millón dorado y el Papá Noel que cuelga del estante de la televisión. El viento se cuela por la estancia como un perro nervioso que olfatea con ansia cada rincón. Su madre echa las pinzas de la ropa en un pequeño cestillo de plástico mientras le da la vuelta a las mangas de una camisa para ponerlas del derecho. Durante unos segundos, la voz de los niños de San Ildefonso lo inunda todo con esa cantinela con la que cada año da comienzo la Navidad:

«—22 358.

»—¡Mil eeeeeuros!

»—33 429.

»—¡Mil eeeeeuros!

»—57 612.

»—¡Mil eeeeeuros!».

—¡La madre que me parió! —exclama Aurora, mirando al vacío—. El pañuelo de seda, el pañuelo de Versace que me regaló María. ¡Por Dios, qué mala suerte! Para una cosa buena que tengo y se la lleva el viento. Si es que hoy no es mi día; menuda racha llevo.

Con la última prenda en la mano, la madre cierra la ventana como a un huésped molesto al que se echa a patadas. El olor a tabaco se hace presente y, a pesar del frío, el niño inmóvil extraña la frescura del aire, su insolencia, su caricia helada.

—¿Pero qué haces con el plumas puesto, hijo? ¡Cuélgalo ahora mismo! Y deja el gorro en el armario, que parece que te ha dado un pasmo. Te pondré algo

para almorzar. Hoy comeremos tarde; no tengo ni idea de la hora a la que llegará tu padre. Puede que ni siquiera venga a comer. Ya sabes, como él siempre hace lo que le da la gana, pues eso. Él a lo suyo; eso es lo que le importamos tú y yo, una mierda, vamos.

Bruno regresa a la mesa sin el abrigo, cabizbajo. No puede evitar un respingo de dolor al sentarse de nuevo en la silla de madera. Su madre le pone una taza de leche que ha calentado en el microondas y un paquete de galletas, pero no la mira. Le da la espalda para fregar los platos amontonados en la piletta. Más que lavarlos, los golpea, sin dejar de hablar consigo misma en una protesta interminable. Enjabona la loza antes de colocarla en el lavavajillas en el orden exacto que a ella le gusta. Los platos chocan con estridencia.

El niño toma una galleta y la moja con la mirada ausente. La deja caer en el interior de la taza sin probar bocado, coge otra del paquete y observa cómo se empapa. El olor de la leche le produce una arcada. Tiene frío. Demasiado frío, todavía.

«—07 592.

»—¡Mil eeeeeuros!

»— 47 308.

»—¡Cuatro milloooooones de euros!

»—¡47 308!

»—¡Cuatro millooooooneeees de eeeeeuros...!».

—¡Ay mi madre! El gordo, hijo, el gordo —dice Aurora, cerrando la puerta del lavavajillas de golpe.

En la televisión, una niña de unos diez años, con su uniforme azul marino, muestra a la cámara la bola

premiada. Aurora se seca las manos con un paño de cocina y coge los décimos que sujeta con un imán a la puerta de la nevera. Bruno sigue sumando galletas al engrudo. Estrecha la loza entre sus manos para mitigar el frío. Sus ojos se reflejan en el interior de la taza y le devuelven una mirada láctea, desoladora.

—Si es que no sé por qué me gasto el dinero si nunca toca, nunca toca ni un duro. A veces pienso si esa gente que sale en el telediario descorchando botellas de champán no serán actores. Cosas peores se han visto, hijo. Con lo bien que nos vendría un pellizquito... Pero bueno, aún tienen que cantar muchos números. ¿Te imaginas, cariño, ganar uno de esos premios? —dice, posando la mano en la cabeza del niño.

Tiene el pelo rubio, sedoso y ondulado. Lo suele llevar bastante largo y, al sacarse el gorro de lana, le ha quedado revuelto. El sudor le ha pegado a la frente un mechón. A lo lejos, la sirena de una ambulancia se escucha cada vez más cerca.

—Te juro que si me toca un pellizco de esos le pongo a tu padre las maletas en la puerta. Le va a aguantar otra ese carácter de sonámbulo, que no sabe una nunca ni qué piensa ni qué quiere; a veces tengo la sensación de que no existe. Si yo sé que él parece un santo, que nunca levanta la voz, pero las mata callando, que te lo digo yo, que me tiene harta, que para eso me largo a vivir sola, porque esto no es un matrimonio, hijo, esto es como tener a otro hijo grande y medio tonto, además. Como si no tuviera suficiente con las palizas que me tengo que meter en el hospital, currando como una loca por dos duros. Porque hoy en día las enfermeras

cobramos una mierda, hijo, una porquería, dos duros, lo que yo te diga, para que luego venga este inútil a fastidiarme la existencia con sus vicios. Porque, así como es de calladito, es de vicioso, y mientras tanto aquí estoy yo, más sola que la una, que a mí nadie me echa una mano para sacar esta casa adelante.

La sirena de la ambulancia se detiene a unos metros. El sonido cesa. La madre abandona en la mesa la taza de café que acaba de servirse y se acerca a la ventana.

—Un día de estos me tenéis que llevar a mí al hospital en una de esas. No te extrañe hijo, porque yo ya no puedo más, te lo juro. El día menos pensado...

Bruno saca del bolsillo del pantalón un cochecito de policía, una pistola diminuta y un móvil de juguete. Parecen los accesorios de algún muñeco pequeño. Los deja sobre la mesa mientras su madre sigue mirando a través de los cristales. Ella aprovecha para encender un cigarrillo sin dejar de observar el gentío que se agolpa en la calle.

—Algo ha pasado en el bar de Paco. Alguna desgracia, seguro. No veas la de gente que se ha amontonado en la acera.

Su madre tuerce la comisura de los labios hacia un lado para echar una densa bocanada de humo. Bruno solo puede escuchar el sonido angustioso del grifo del agua mal cerrado. Una gota tras otra le martillea el cerebro con su afinación líquida, ensordecedora.

—El día menos pensado me lleváis a mí al hospital, pero para no volver.

Aurora abre un cajón y saca una caja de Lexatin. Se toma uno con un trago largo de café y se acerca a la

vitrocerámica. Da un par de vueltas a la olla en la que está guisando y se asoma otra vez.

Su móvil suena de golpe. Bruno da un nuevo respingo en la silla y el dolor le traspasa de nuevo. Se pregunta si realmente su madre lo ve allí sentado. Le encantaría ser invisible. Fantasea a menudo con ese superpoder. Desaparecer sin preguntas ni explicaciones, en cualquier momento, en cualquier lugar, como una de esas gotas fundiéndose con el agua ponzoñosa del fregadero.

—Mari Carmen, guapa, ¿qué tal estás?, ¿todo bien?

Ella siempre hace lo mismo. Puede estar gritando, furiosa, deprimida, que en cuanto se acerca un desconocido, se transforma en la más encantadora de las criaturas. Su voz y sus gestos se relajan, reservando lo mejor de sí para cualquier extraño.

—Pues ni idea, desde aquí no lo veo nada bien —dice abriendo otra vez la ventana.

Ella se asoma para tratar de observar qué sucede. Se pone de puntillas, estira un poco el cuello, pero no parece obtener resultados.

—Nada, es imposible Mari Carmen, hay demasiada gente. No veo nada.

La ambulancia vuelve a poner la sirena en marcha y abandona la acera entre los pitidos de los coches que tratan de echarse a un lado para dejar paso.

—Pues al clínico, imagino, es el hospital más cercano. Ya te diré si me entero de algo porque hoy libro, pero mañana entro bien tempranito. Claro guapa. Te dejo, que se me pega el guiso. Hablamos.

Bruno se ha quedado viendo los copos de nieve que han comenzado a caer. Algunos se han colado por la ventana. En otro momento, se hubiese puesto a saltar como loco para bajar a la calle y hacer un muñeco de nieve. En otro momento, hubiese sacado la mano por la ventana; en otro momento, tal vez, pero hoy no.

—Pues anda que no es cotilla esta Mari Carmen. Tiene que enterarse de todo la primera, menuda arpía. Igual se piensa que yo estoy todo el día pendiente de lo que le pasa a los demás, como si no tuviese bastante con mi vida, con mi mierda de vida. Que ni tiempo para tomarme un café en el bar tengo y, para un día que paso, me dice Paco que tu padre le ha dejado a deber trescientos euros; ya ves, trescientos euros en copazos y en las tragaperras también, y yo, mientras tanto, como una esclava todo el día currando sin parar, pero eso sí, él es el gran señor y yo la loca que va todo el día con la lengua fuera para tratar de sacar esta casa adelante. Y ahora qué, ¿de dónde voy a sacar yo trescientos euros extras? Si apenas llego a fin de mes. Si al menos tu tío se preocupase un poco por lo que nos pasa, pero no, él es el hombre importante de la familia. Mira —dice marcando un número en el teléfono—, siempre igual, ¿te das cuenta? Ni siquiera me coge la llamada. El señor ministro no se digna a contestarle a su hermana y, a estas alturas, no tengo ni idea de si van a venir a cenar en Nochebuena o qué, pero como aquí todos me tratan como si fuese una chacha, no pasa nada.

Aurora cierra otra vez la ventana de golpe.

—Y tú qué, ¿te tomas las galletas o estás haciendo el tonto? Menuda guarrada has hecho, hijo —dice, llevando la taza al fregadero.

Bruno vuelve a coger el cochecito de policía, la pistola y el pequeño móvil. Algún día él también tendrá uno. Ahora solo tiene ocho años y se lo dejan muy de vez en cuando, pero su padre le ha prometido que con trece le comprará uno de esos iPhone alucinantes; pero claro, ¿quién puede confiar en las promesas de su padre?

—No vuelvas a hacer esto, ¿me oyes Bruno? ¡Menuda paparrucha has hecho con las galletas! Que se ha quedado la cuchara de pie y todo. Con la comida no se juega, ¿cuántas veces tengo que repetir lo mismo?

Ese era el momento perfecto para poner en práctica su superpoder. Cerraría los ojos y entonces, desaparecería de allí para largarse a la playa. Sí, a una de esas playas de arena fina y rocas con cangrejos y lapas. Le gusta coger cangrejos y jugar con las olas. El mar le pone de buen humor. Sí, ese era el momento perfecto para desaparecer.

—Es que, hijo, entre tu padre y tú parece que me queréis volver loca, en serio. Que no están las cosas como para tirar la comida a la basura.

Ella se inclina sobre el cubo para tirar la pasta de galletas que ha quedado en el interior de la taza. Bruno la mira, pero no siente nada, se ha quedado vacío. Él está ya a miles de kilómetros de sus palabras, subido a su colchoneta naranja.

No era nada del otro mundo, una colchoneta pequeña, de esas que vienen de regalo con los bronceadores que se compran en la farmacia, pero a él le

encantaba tumbarse encima y sentir los rayos de sol quemarle la espalda. Tumbado boca abajo, miraba el fondo del mar en busca de algún pez, alguna concha, algún tesoro olvidado. Un verano había encontrado una botella semienterrada en la arena del fondo. Todavía podía sentir la emoción de aquel hallazgo. Lo primero que pensó fue en el mensaje de un naufrago. Estaba convencido de que encontraría un mensaje en su interior que le permitiría salvar la vida de alguien perdido en una isla desierta, a miles de kilómetros de aquella orilla; sin duda, le quedarían muy pocos días de vida y solo él, Bruno Tovar, podría ayudarlo.

No quiso hablar a nadie de su tesoro. Sacó la botella del agua, viendo el brillo del cristal verde oscuro, con el corcho puesto. Dejó a un lado la colchoneta y salió corriendo con aquel misterio acristalado en la mano, susurrando en su oído ayuda urgente. Cuando llegó a las rocas, le sacó el corcho. Todavía olía a vino rancio y agua de mar. Le dio la vuelta, conteniendo la respiración, pero solo cayeron unas gotas. Tal vez el papel se ha quedado pegado a las paredes, pensó. Corrió hacia la orilla y cogió una piedra para romper el vidrio, protegiéndose el rostro con el antebrazo. Podía sentir su corazón en las sienes justo antes de hacer añicos la botella vacía, sin naufrago, ni isla, ni misterio.

La nevada arrecia tras los cristales y deja su huella en el alféizar.

—¿Tú sabes la suerte que tienes de tener un techo bajo tu cabeza, de ir al colegio, de tener todo lo que se te antoja? Porque a ti hijo mío, no te falta de nada, de

nada. Hay niños en el mundo que se mueren de hambre, ¿lo sabes, verdad? Si pudieras ver las barbaridades que veo yo cada día en el hospital, entonces sabrías valorar la suerte que tienes. Menudo crío este.

—Lo siento, mamá —dice casi en un susurro.

No aguanta más. Tiene que salir de ahí. Se pone en pie y siente de nuevo ese escalofrío lacerante. Aprieta las nalgas y nota un líquido espeso escurrirse por su pierna, sigiloso. Camina despacio, sin saber si podrá llegar siquiera a su cuarto. Una gota roja, del mismo rojo que el traje de Papá Noel, queda en el gres del suelo, a un palmo de su silla, enturbiando la calma de esa blanca Navidad.

En la televisión, los niños autómatas cantan su letanía robótica:

«—09 565.

»—¡Mil eeeeeuros!

»—13 506.

»—¡Mil eeeeeuros!

»—69 347.

»—¡Mil eeeeeuros!».